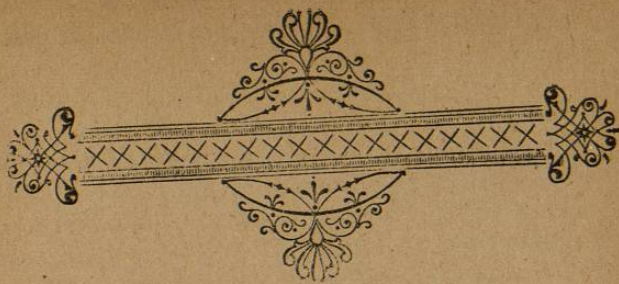
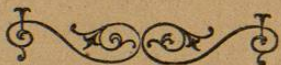


—¡No!—dijo Matho,—la maldición de Moloch pesa sobre mí. Lo he comprendido viendo sus ojos, y hace poco, al pasar por un templo, un carnero negro retrocedió. Mirando á su alrededor dijo: «¿Dónde está?»

Spendio, comprendió que una inquietud inmensa le absorbía y no se atrevió á hablar más.

Detrás de ellos los árboles quemados, humeaban aún; de sus ramas ennegrecidas caían de cuando en cuando monos casi carbonizados. Los soldados borrachos, roncaban con la boca abierta al lado de los cadáveres, y los que no dormían, inclinaban la cabeza, deslumbrados por la luz del día. El suelo desaparecía bajo grandes charcos rojos. Los elefantes balanceaban entre las estacas de sus parques, sus trompas sangrientas. En los abiertos graneros, se veían sacos de trigo medio vertidos; y frente á la puerta de los graneros, una larga línea de carretas amontonadas por los bárbaros. Los pavos reales posados en los cedros, desplegaban la cola graznando.

La inmovilidad de Matho, asombraba á Spendio; estaba más pálido que antes, y con los ojos fijos, apoyado en la barandilla de la terraza, miraba algo en el horizonte. Spendio, encorvándose, descubrió lo que contemplaba. Un punto de oro, rodaba á lo lejos, entre el polvo por el camino de Utica; era la trasera de un carro tirado por dos mulos; un esclavo corría delante de la lanza, sujetándolos por la brida. En el carro se veían dos mujeres sentadas. Las crines de los animales se erizaban entre sus orejas á la moda persa, sujetas por un hilo de perlas azules. Spendio las reconoció, y ahogó un grito. Un gran velo, flotaba al viento detrás del carro.



II

En Sicca



Os días después, los mercenarios salieron de Cartago.

A cada uno se le entregó una moneda de oro á condición de que irían á acampar en Sicca y se les dijo para halagarles:

—Sois los salvadores de Cartago; pero si permaneciais en ella, produciríais el hambre y no podría pagaros. Alejaos. La República más tarde os agradecerá esta

condescendencia. Inmediatamente vamos á decretar impuestos; se os pagará íntegramente y se armarán galeras para llevaros á vuestras respectivas patrias.

No sabían qué contestar á tales discursos; aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, se aburrían en una ciu-

dad, y poco costó convencerles. El pueblo subió á las murallas para verlos marchar.

Desfilaron por la calle de Khamon y la puerta de Cyrtá entremezclados, arqueros con honderos, capitanes con soldados, lusitanos con griegos, andaban con paso firme, haciendo resonar sobre las losas los pesados coturnos. Estaban abolladas sus armaduras por las catapultas y sus rostros ennegrecidos por el polvo de las batallas. Gritos rotos se escapaban de las espesas barbas, sus cotas de malla rotas, batían contra los puños de los machetes, y á través de los agujeros del cobre se veían sus miembros desnudos, terribles como máquinas de guerra.

Las largas lanzas, las hachas, los chuzos, las gorras de fieltro y los cascos de bronce, todo oscilaba á la vez á impulsos de un mismo movimiento. Llenaban la calle en toda su anchura, y aquella larga masa de soldados armados discurría por entre altas casas de seis pisos embadurnadas de betún.

Detrás de sus rejas de hierro ó de sus celosías, las mujeres, cubierta la cabeza con un velo, miraban pasar los bárbaros en silencio.

Las terrazas, las fortificaciones, las murallas desaparecían bajo la muchedumbre cartaginesa vestida con trajes negros. Las túnicas de los marineros, resaltaban como manchas de sangre entre aquella sombría multitud, y algunos niños, casi desnudos, cuya piel brillaba bajo sus brazaletes de cobre, gesticulaban sobre los capiteles de las columnas ó entre las ramas de una palmera. Algunos de los Antiguos estaban en la plataforma de las torres, y admiraba ver de trecho en trecho esos personajes de larga barba y de actitud meditabunda. Aparecían á lo lejos, sobre el fondo del cielo, indistintos como fantasmas, inmóviles como piedras.

Todos se sentían oprimidos por la misma inquietud; tenían miedo que los bárbaros, al verse tan fuertes, quisieran permanecer en la ciudad. Pero marchaban con tanta

confianza, que los cartagineses se envalentonaron y se mezclaron con ellos. Se les hacía mil promesas, se les abrazaba. Algunos les conjuraban á que no abandonasen la ciudad por exceso de hipocresía y de política. Se les echaban perfumes, flores y monedas de plata. Se les entregaba amuletos contra las enfermedades, pero no sin haber escupido tres veces sobre ellos para atraer la muerte, ó encerrado dentro pelos de chacal que producen invencible cobardía. En voz alta se invocaba el favor de Melkarth y en voz baja su maldición.

Seguía luego larga fila de bagajes, de bestias de carga y de rezagados. Los enfermos gemían sobre los dromedarios y otros se apoyaban cojeando en un trozo de pica. Los borrachines se llevaban cueros de vino, los tragones, grandes trozos de carne, frutas, confituras, manteca envuelta en hojas de higuera y nieve en sacos de tela. Había algunos que llevaban quitasoles y loros sobre el hombro. A otros les seguían dogos, gacelas ó panteras. Mujeres de raza líbica montadas en asnos insultaban á negras que por los soldados abandonaron los lupanares de Malqua; algunas daban de mamar á sus hijos suspendidos contra su pecho por medio de una ancha correa. Los mulos, á los que se aguijoneaba con la punta de las espadas, casi no podían con el peso de las tiendas, y cerraban la marcha gran número de criados y de aguadores, demacrados, pálididos por la fiebre, llenos de inmundicia, que eran la espuma de la plebe cartaginesa que seguía á los bárbaros.

Cuando hubieron pasado, se cerraron las puertas tras ellos y el pueblo no bajó de las murallas. El ejército se esparció y llenó bien pronto toda la anchura del istmo.

Se dividió en masas desiguales. Al alejarse, las lanzas aparecieron como altas briznas de yerba. Luego todo desapareció entre densa polvareda. Los soldados que se volvían para mirar á Cartago, sólo veían sus largas murallas, recortando sobre el azul del cielo sus almenas vacías.

Entonces los bárbaros oyeron un gran clamor, creyeron

que algunos de los suyos que se habían quedado en la ciudad, se entretenían en saquear el templo. Aquella idea les hizo soltar grandes carcajadas, y luego continuaron su marcha.

Sentíanse contentos, al verse todos como en otro tiempo, marchando juntos por sembrados y campos. Los griegos cantaban la antigua canción de los mamertinos:

—«Con mi lanza y mi espada labro y cosecho; yo soy el amo de la casa. El hombre desarmado cae á mis rodillas y me llama Señor y Gran-Rey.»

Gritaban, saltaban y los más alegres contaban anécdotas; se había acabado la miseria. Al llegar á Túnez, algunos advirtieron que faltaba un grupo de honderos baleares. De fijo que no estaban lejos; nadie pensó más en ellos.

Unos se alojaron en las casas, otros acamparon al pie de las murallas, y los habitantes de la ciudad comparecieron para hablar con los soldados.

Durante toda la noche se vió que ardían hogueras á lo lejos, hacia el lado de Cartago; aquellas luces se reflejaban en el lago como antorchas gigantescas.

Nadie podía decir en el ejército á cuento de qué venían estas hogueras.

Los bárbaros al día siguiente atravesaron una campiña muy bien cultivada. Las quintas de los patricios se alineaban junto al camino; regueros de agua corrían entre los bosques de palmeras; los olivos, trazaban largas líneas de color verde gris; vapores rosados flotaban en las gargantas de las colinas, y altas montañas azules cerraban el horizonte. Soplaba un viento cálido. Por las anchas hojas de los cactus se arrastraban los camaleones. Los bárbaros andaban cada vez más lentamente.

Marchaban en destacamentos aislados que se seguían unos á otros, dejando entre sí largos intervalos. Comían racimos en los linderos de las viñas. Se tendían en la hierba y miraban con estupor los grandes cuernos de los bue-

yes, artificialmente retorcidos, las ovejas, recubiertas de pieles para proteger sus vellones, los surcos que se entrecruzaban formando romboides, las rejas de los arados parecidas á anclas de navío y los granados que se regaban con silphio. Aquella fecundidad del suelo y aquellos inventos les deslumbraban.

Por la noche se echaron sobre las tiendas sin desplegarlas, y al dormirse de cara á las estrellas soñaron con el festín de Hamilcar. Al día siguiente se detuvieron á la vista de un río entre plantíos de laurel rosa. Tiraron sus lanzas, sus escudos y sus cinturones, se lavaban lanzando alegres gritos, mientras otros bebían, echados de bruces entre las bestias de carga que dejaban caer sus bagajes.

Spendio, sentado sobre un dromedario que robó en los parques de Hamilcar, advirtió de lejos á Matho, que con el brazo en cabestrillo, desnuda la cabeza é inclinada, había beber á su mulo contemplando como se deslizaba el agua. Corrió rápidamente á través de la multitud llamándole:

— ¡Amol ¡amol!

Matho no le hizo caso; pero Spendio, á pesar de ello, le siguió, y de cuando en cuando volvía sus miradas inquietas hacia el Cabo de Cartago.

Era el hijo de un profesor griego y de una prostituta campaniana. Enriquecióse al principio vendiendo mujeres; luego, arruinado por un naufragio, hizo la guerra contra los romanos con los aldeanos de Saninio. Le aprisionaron y se escapó; le aprisionaron de nuevo, y entonces trabajó en las canteras, se tostó en las estufas, gritó entre suplicios, fué esclavo de muchos amos, y conoció todas las miserias. Un día, desesperado, se lanzó á la mar desde lo alto del trirreme en que remaba. Los marineros de Hamilcar le recogieron moribundo, y le llevaron á Cartago, donde fué encerrado en el ergástulo de Megara. Pero como se debía devolver á Roma sus tráfugas, aprovechando el desorden huyó con los soldados. Durante todo el camino

permaneció cerca de Matho; le traía comida, le sostenía para bajar del caballo, y por la noche ponía un tapiz bajo su cabeza.

Matho acabó por conmovirse al ver tanta solicitud, y á su vez contó al esclavo su vida.

Había nacido en el golfo de las Sirtes. Su padre le condujo en peregrinación al templo de Ammón. Después casó elefantes en las selvas de los garamantos, y al cabo se alistó en las filas de los cartagineses. Le nombraron tetrarca en la toma de Drepano. La República le debía cuatro caballos, veintitrés medidas de trigo, y el sueldo de un invierno. Creía en los dioses y anhelaba morir en su patria.

Spendio le habló de sus viajes, de los pueblos y de los templos que había visto. Sabía hacer sandalias, chuzos, redes, domesticar animales feroces y cocer pescados.

A veces, interrumpiéndose, lanzaba un ronco grito. El mulo de Matho aceleraba su marcha; los otros se apresuraban para seguirle, y sin cesar Spendio gritaba agitado por su angustia. Se calmó por fin á la tarde del cuarto día.

Marchaban uno al lado del otro, á la derecha del ejército por la ladera de una colina; la llanura en lo hondo se prolongaba hasta confundirse con los vapores y sombras de la noche. Las líneas de los soldados que desfilaban á sus pies, producían ondulaciones en la sombra. De cuando en cuando pasaban por eminencias alumbradas por la luna, y entonces una chispa brotaba de la punta de las picas, centelleaban los cascos durante un instante, y todo desaparecía para volver á aparecer continuamente. A lo lejos los rebaños balaban al despertar, y algo de una dulzura infinita parecía bajar sobre la tierra.

Spendio, con la cabeza echada atrás y los ojos entornados, aspiraba con ansia la frescura de la brisa. Abría los brazos y movía los dedos, para apreciar mejor aquella caricia tibia que envolvía su cuerpo. Soñaba con transporte en que al fin podía vengarse. Apretó su mano contra la

boca para detener sus sollozos, y embriagado por sus esperanzas soltó las bridas del dromedario, que avanzaba á pasos regulares. Matho volvía á caer en su tristeza; sus piernas colgaban hasta el suelo, y las yerbas, al rozar con sus coturnos, producían un silbido continuo.

El camino se alargaba indefinidamente. Al extremo de una llanura se llegaba á una meseta circular, luego se bajaba á un valle, y las montañas que parecían cerrar el horizonte como que cambiaban de sitio deslizándose á la aproximación de los soldados. De cuando en cuando aparecía un río bordeado de altos árboles, y después desaparecía tras la colina. A veces surgía una roca colosal parecida á la proa de un buque, ó al pedestal de alguna esfinge derrocada. A intervalos regulares se encontraban unos templetos cuadrados que servían de estaciones á los peregrinos que iban á Sicca. Estaban cerrados como tumbas. Los libios, para hacerse abrir, daban fuertes golpes en la puerta. Nadie les contestaba.

El terreno estaba cada vez menos cultivado. Empezaban las extensiones de arena erizadas de matas espinosas. Rebaños de carneros pacían entre las piedras; una mujer con la túnica ceñida por un cinturón azul cuidaba de ellos. En cuanto vió entre las rocas las lanzas de los soldados, huyó lanzando agudos gritos.

Marchaban los mercenarios por un camino hondo, limitado por dos cadenas de montículos rojizos, cuando un olor nauseabundo hirió su olfato, les pareció ver en lo alto de un árbol alguna cosa extraordinaria. Una cabeza de león se elevaba por encima de las hojas. Corrieron hacia allí. Era un león atado por sus cuatro miembros como un criminal. Su enorme cabeza caíale sobre el pecho, y sus dos patas anteriores, que casi desaparecían bajo su abundante melena, estaban abiertas como las alas de un ave. Sus costillas se marcaban bajo su piel tensa; sus patas posteriores estaban clavadas una sobre otra; y un hilo de negra sangre corriendo entre su pelo, había formado esta-

lactitas al final de la cola, que pendía recta á lo largo de la cruz.

Los soldados se divertieron á su vez; le llamaron cónsul y ciudadano de Roma y le lanzaron piedras á los ojos para espantar los moscardones.

Cien pasos más lejos vieron otros dos, y luego, de repente, apareció una larga fila de cruces con leones. Unos estaban muertos desde tanto tiempo antes, que sólo quedaban pegados al leño despojos de sus esqueletos; otros, medio podridos, retorcían la cabeza y contraían la boca con horribles visajes; había algunos enormes; el árbol de la cruz se doblegaba bajo su peso, y se balanceaban á impulsos del viento, mientras sobre sus cabezas, bandadas de cuervos revoloteaban sin detenerse jamás. Así se vengaban los aldeanos cartagineses cuando cazaban algún animal feroz; esperaban que el ejemplo aterrorizaría á los demás.

Los bárbaros, recobrando su seriedad, se asombraron. «¿Qué pueblo es este,—pensaban,—que crucifica á los leones?»

Los hombres del Norte se sentían inquietos, turbados y medio enfermos. Sus manos se desgarraban contra las espinas de los áloes; grandes mosquitos zumbaban á sus oídos, y la disentería empezaba á diezmar el ejército. Se asustaban al ver que Sicca no aparecía. Tenían miedo de perderse y de desembocar en el desierto, la región de las arenas y los terrores; muchos se negaban á andar más, y otros tomaron la vuelta de Cartago.

Al séptimo día, después de seguir durante mucho trecho la falda de una montaña, el camino torció bruscamente á la derecha.

Entonces apareció una línea de murallas, cimentada sobre blancas rocas y confundiéndose con ellas. De repente se vió la ciudad entera: velos azules, amarillos y blancos se agitaban sobre las murallas á la luz del sol poniente.

Eran las sacerdotisas de Tanit que acudían para recibir á los hombres. Estaban alineadas á lo largo del parapeto,

golpeando tamboriles, sonando las liras, sacudiendo los crótalos, y los últimos destellos del sol que se ocultaba tras los montes de Numidia, pasaban entre las cuerdas de las arpas ceñidas por sus brazos desnudos. Los instrumentos callaban de repente á intervalos y estallaba un grito estridente, precipitado, furioso, continuo, que era como un aullido que lanzaban los jóvenes moviendo la lengua hacia ambos lados de la boca. Otras permanecían recostadas con la barba en la mano, y más inmóviles que esfinges, fijaban sus grandes ojos negros sobre el ejército que subía.

Aun cuando Sicca era una ciudad sagrada, no podía contener tal multitud; el templo, con sus dependencias, ocupaba la mitad del recinto; á causa de ello, los bárbaros acamparon en la llanura, los que estaban disciplinados en formación correcta, los otros por naciones, ó siguiendo su capricho.

Los griegos alinearon en filas paralelas sus tiendas de pieles; los iberos dispusieron en círculo sus pabellones de tela; los galos construyeron barracas de madera; los libios cabañas de piedra sin cemento, y los negros abrieron en la arena con sus uñas fosos para dormir. Muchos, no sabiendo donde ponerse, erraban por entre los bagajes, y por la noche dormían en el suelo envueltos en sus desgarrados mantos.

La llanura se extendía á su alrededor, ceñida por un círculo de montañas. Aquí y allá, una palma se inclinaba sobre la arena; pinos enanos y robles crecían á la orilla de los precipicios. Algunas veces, una tempestad caía sobre montañas y colinas, como de un desmedido cielo, mientras la llanura permanecía cubierta de azul y de serenidad. Luego un viento tibio levantaba torbellinos de

polvo, y un torrente bajaba espumajeando desde las alturas de Sicca, donde se levantaba, con su techumbre de oro sostenida por columnas de jaspe, el templo de la Venus cartaginesa, dominadora de la comarca. Parecía dominarla con su alma. Con aquellas convulsiones del suelo, aquellas alternativas de temperatura y aquellos juegos de luz, manifestaba la extravagancia de su fuerza y la belleza de su eterna sonrisa. Las montañas tenían la forma de una media luna en su cima; otras parecían pechos de mujeres, mostrando sus senos hinchados, y los bárbaros sentían un cansancio lleno de delicias.

Spendio, con el dinero que obtuvo de la venta de su dromedario, compró un esclavo. Durante todo el día dormía delante de la tienda de Matho; á veces se despertaba sobresaltado creyendo sentir el silbido del látigo; entonces, sonriendo, contaba con sus dedos las cicatrices de sus piernas, en el sitio mismo en que los hierros le habían sujetado, y luego volvía á dormirse.

Matho aceptaba su compañía, y Spendio, que llevaba una larga espada, escoltábale como un licitor cuando salía.

Una noche, en que atravesaban juntos las avenidas del campamento, vieron á unos hombres cubiertos con mantos blancos. Entre ellos estaba Narr' Havas, príncipe de los nómadas. Matho se estremeció.

—¡Tu espada!— exclamó,—¡quiero matarle!

—Aun no,—dijo Spendio deteniéndole. Narr' Havas se adelantaba hacia él.

Bajó los dos pulgares en señal de alianza, achacando á la embriaguez su acceso de cólera. Luego habló mucho contra Cartago, pero no dijo qué objeto le llevaba entre los bárbaros.

Era para traicionarles ó para traicionar á la República. Spendio trataba en vano de inquirirlo, pero como contaba aprovechar todos los desórdenes que se produjeran, agra-

decía á Narr' Havas las futuras perfidias de que le creía capaz.

El jefe de los nómadas permaneció entre los mercenarios. Parecía buscar la amistad de Matho. Le enviaba cabras cebadas, polvo de oro y plumas de avestruz; el libio, asombrado de aquellas atenciones, no sabía si aceptarlas ó rechazarlas.

Spendio le tranquilizaba, y Matho se dejaba guiar por el esclavo, irresoluto y como dominado por invencible pereza, á modo de aquellos que han bebido un veneno que poco á poco les roe las entrañas.

Una mañana que salieron para cazar leones, Narr' Havas escondió un puñal bajo su manto. Spendio le siguió continuamente y volvieron al campamento sin que aquel puñal brillase.

Otra vez, Narr' Havas le arrebató hasta muy lejos, hasta los límites de su reino; llegaron hasta una estrecha garganta. Narr' Havas, sonriendo, declaró no conocer el camino. Spendio lo encontró.

A menudo, Matho, melancólico como un augur, al despuntar el alba iba solo á pasear por la campiña. Se tendía sobre la arena y permanecía inmóvil hasta la noche.

Consultó uno tras otro á todos los adivinos del ejército, á los que observan la marcha de las serpientes, á los que leen en las estrellas, á los que soplan sobre las cenizas de los muertos.

Tragó gálbano, seseli y el veneno de las víboras que hiela el corazón. Mujeres negras cantando palabras bárbaras á la luz de la luna, le pincharon la piel de la frente con estiletes de oro; se cargó de collares y amuletos; invocó á Baal-Khamon, Moloch, los siete Cabiros, Tanit y la Venus griega. Grabó su nombre en una placa de cobre y la hundió en la arena en el umbral de su tienda. Spendio le veía gemir y hablar á solas.

Una noche entró. Matho, desnudo como un cadáver, estaba tendido de bruces sobre una piel de león, con el ros-